

del tratado. De este modo, el libro se inscribía dentro de una de las líneas tradicionales de la exégesis cristiana, en particular en aquella que contemplaba la Naturaleza como una obra divina plena de significados y de enseñanzas trascendentes para el hombre. En opinión de Ferrer de Valdecebro, los comportamientos de ciertos animales no debían ser entendidos como simples propiedades de su especie, sino como un modelo propuesto por la Providencia, el cual, una vez descifrado en su contenido simbólico y convenientemente explicado en su trasfondo ético, indicaba al hombre los designios divinos a los que debía ajustarse la vida política del cristiano.

En su estudio sobre el libro de Valdecebro, Roig Condomina examina los significados atribuidos por el dominico a cada uno de los animales seleccionados, cuya imagen es susceptible de convertirse en *empresa* de ciertos individuos o condiciones políticas, debido a la connotación simbólica que posee. Completando este análisis de significados, se hace además un seguimiento de la trayectoria literaria de la interpretación simbólica de estos animales, desde los textos de la Antigüedad clásica y los *Bestiarios* medievales, hasta aquellas obras de la Edad Moderna, más próximas cronológicamente y que pueden considerarse como una fuente más directa en la elaboración de este tratado animalístico, como son los *Hieroglyphica* de Piero Valeriano. Se dispone así de un repertorio de simbolismo animal, revelador del mundo conceptual de la Contrarreforma, en el que se recoge también el bagaje literario anterior, relativo a las creencias sobre animales y su interpretación.—MARÍA JOSÉ REDONDO CANTERA.

Santiago SEBASTIAN LOPEZ, y María Reyes ZARRANZ DOMENECH, *Historia y mensaje del templo de los Santos Juanes*, Valencia, 1989, 136 páginas, numerosas fotografías.

En la historia de la ciudad de Valencia, el templo de los Santos Juanes representa un elemento clave, tanto por su significado social como por el artístico e iconológico. La restauración del templo merece todos los plácemes, aunque haya que deplorar el vandálico incendio de 1936. Con motivo de cumplirse el 750 aniversario de la erección de esta parroquia, se ha querido conmemorar el hecho con la edición de un libro, en que María Reyes Zarranz traza la historia y Santiago Sebastián se ocupa del «mensaje iconográfico».

Raíz de la importancia que alcanzó fue su ubicación en zona mercantil, lo que ocasionó que este templo de los Santos Juanes se haya denominado asimismo San Juan del Mercado. La vecindad de la Lonja y del Mercado modernista, enfatizan este rasgo mercantil de la zona.

Se analiza el tipo de edificio, en forma de salón con capillas entre contrafuertes, que abocará en el período barroco a un sentido unitario, amparado por la colaboración de la escultura en estuco y la decoración pictórica, programada por el pintor y escritor cortesano Antonio Acisclo Palomino. La vocación mediterránea de Valencia atrae hacia sí a ilustres escultores italianos, que se aplican a la ornamentación del templo en el interior y exterior: Bertessi, Aliprandi, Ponzonelli. Es de alabar el notable acervo fotográfico, que informa acerca de la situación del templo antes del incendio; el ambiente pintoresco de la zona comercial, y la renovación restauradora que se ha llevado a cabo en los últimos tiempos. Con ello viene a ser también una memoria científica del proceso de restauración. Para substituir a los retablos quemados, se han efectuado traslados de obras de otras zonas españolas.

El programa iconográfico ofrece en primer lugar un repertorio escultórico de las Tribus de Israel; son trece obras de esculturas de estuco, efigiando a los hijos de Jacob. La identificación se efectuó a partir de una serie grabada por Sadeler, pero la composición está inspirada en láminas debidas a Jacob de Gheyn II.

Dieciséis pinturas de Palomino, en forma ovalada, y colocadas sobre los arcos de las capillas laterales, constituían una iconografía destinada a exaltar la vida de los Santos Juanes, titulares del templo. Un letrero situado en una tarjeta contribuye a aclarar cada tema.

En las enjutas de los arcos, junto a óvalos, se sitúan figuras de estuco, efigiando alegorías: obediencia, castidad, conocimiento, profecía, virtud, honor, etc. El programa se debe a Palomino, por lo que los estuquistas tuvieron que tener sus informaciones. La composición deriva de grabados de Ripa.

Como deduce Sebastián, es difícil hallar una concentración mayor de elementos iconográficos, que lógicamente tienen que atenerse a una línea conductora hacia un mensaje iconológico. Palomino poseía una formación teológica y al propio tiempo estaba al tanto de tratados de carácter iconológico. En la bóveda del templo pintó al fresco una enorme representación, que efigia la apoteosis de la Iglesia. Los Doce Apóstoles constituyen el soporte de la temática.

Pero el camino hacia la gloria es preparado por la vida ejemplar de los Santos Juanes. De sus vidas se ofrece el corolario del perfecto sacerdote, adornado con las virtudes que más pueden marcar el camino de la Salvación, todo en armonía con las doctrinas emanadas del Concilio de Trento.

Al quedar de manifiesto este grandioso programa, servido por un conjunto maravilloso de escultura y pintura, no puede por menos de deplorarse la insania de quienes atentaron contra esta riqueza.—J. J. MARTÍN GONZÁLEZ.

Juan José MARTIN GONZALEZ, «Luis Salvador Carmona. Escultor y Académico». Editorial Alpuerto. Madrid, 1990, 312 páginas, 167 láminas en blanco y negro, 16 láminas en color.

La figura de Luis Salvador Carmona necesitaba de un estudio completo que permitiera trazar una panorámica de su actividad vital y artística. Nadie mejor que el profesor Martín González, consumado especialista de nuestra escultura, para llevar a cabo este trabajo. En el itinerario bibliográfico presentado a comienzos del libro, hace un estudio de las distintas visiones parciales dedicadas al escultor, extrayendo de ellas la génesis de su fortuna crítica, junto con las recientes investigaciones sobre aspectos concretos de su obra. El autor aporta indagaciones documentales inéditas, entre las que destacan las llevadas a cabo en los fondos de la Real Academia de Bellas Artes de San Fernando. Es fundamental su lectura pormenorizada del Compendio de 1775, sólo utilizado parcialmente por Ceán, para poder hacer sus atinadas precisiones de aspectos biográficos y artísticos, y sobre todo, de la valoración obtenida por el escultor en su época.

Pero este libro no es sólo un estudio particular sobre un determinado escultor. A partir del trazado de la personalidad artística de Salvador Carmona, el autor nos sumerge en ese mundo cultural y artístico tan complejo como son los años centrales del siglo XVIII. De sus páginas emerge la historia del gusto artístico en un momento de transición entre los últimos estertores del barroco, el triunfo del espíritu rococó y los balbuceos del neoclasicismo. Se diseña la ambivalencia de la escultura madrileña del momento, con la dialéctica surgida entre una concepción tradicional de la imaginería, basada en el taller, y la enseñanza académica; o entre el aristocratismo del mundo cortesano y el gusto popular.

Luis Salvador Carmona pertenecía a ese mundo, y el profesor Martín González lo ha delineado a partir del análisis de la clientela y del análisis de sus tipos iconográficos. Esto significa dar a conocer la fama que alcanzó su visión de la temática especialmente religiosa